

LA COLA DEL GATO

José Trinidad Memije Alarcón/Universidad de Guerrero

Ya estaba salado. Se le habían amontonado las desgracias y se sentía como acorralado. En todas partes veía enemigos imaginarios. Ni su mujer lo comprendía. Le decía: “rajón, manocaída, gallinota”. . . y las ofensas de su mujer lo herían como ningunas otras. Sólo un año pudieron ser felices, pues como no vinieron los hijos, comenzó a despreciarlo, secretamente primero, y después sin ocultarlo, desde que lo vio cómo tembló cuando el comisario ejidal lo amenazó con matarlo si no dejaba libre la parcela. Allí se acabó de derrumbar el héroe, el valiente de quien ella había estado enamorada. . .

Ni él mismo comprendía por qué este cambio tan radical en su vida. Cierta día, yendo por el monte, estuvo a punto de encontrarse con el comisario y tomarle cuentas, pero sintió tanto miedo que tomó otra vereda para no encontrárselo. Cada vez que recordaba eso le daban ganas de pegarse un tiro, por rajón, por gallinota, por todo eso que le decía su mujer. Si. . . ella tenía razón. . . pero. . . tal vez no, pues su temor al comisario tenía justificación: toda la región le temía, por la bola de gente que tenía a sus órdenes para hacer y deshacer. No. . . su mujer no tenía razón. Era injusta con él. . . hasta en eso de los hijos, pues muchas, muchas mujeres tenían hijos de él. No, no era un cobarde, sino que. . .

Y sin embargo, cuando su única vaquita amaneció muerta en la barranca, se dijo a sí mismo que se había rodado accidentalmente, aunque todos vieron en ello la mano del comisario. Y lo mismo cuando su caballo amaneció muerto, ahorcado en el potrero. El nudo corredizo que lo ahorcó no lo hizo él; pero se atrevió a decir que pudo haberlo hecho “por descuido”. Y la gente se reía de sus afirmaciones cobardes. . .

Lo que más le dolía era sentirse culpable por la muerte de su padre. Toda la vida llevaría ese remordimiento. Pero —otra vez los pretextos— cómo iba a saber que eran tan desalmados; cómo adivinar que se iban a cebar en el pobre anciano, si él nada tenía que ver en el asunto. . . Fue hace dos días. Cuando los vio bajar por el cerro hacia su casa, tomó su escopeta y, sin decir nada a nadie, escapó. Sabía que si a él no lo encontraban, su padre enfermo lo pagaría todo: y sin embargo huyó, con la cobarde esperanza de que ojalá no le hicieran nada. . . Anoche, al regresar, encontró a la mujer llorando; rabiosa pero llorando; y no por el anciano asesinado, ni por el dinero que se llevaron, sino por ella: víctima, juguete de los salvajes. . .

— ¡Todos se aprovecharon, los desgraciados! . . . En fila india fueron pasando. Me hubiera gustado que los vieras cómo se daban vuelo. . . A ver si así te salía lo macho. Pero de dónde, ¿verdad? . . . A tu padre le fue peor; lloraba como un niño, y no creo que se haya muerto de las patadas, sino del coraje de ver lo que me hacían. . . o de la vergüenza de ser tu padre. . . Mientras tú, escondido. . . temblando como una señorita. . .

Quiso gritarle que se callara, que dejara de ladrar, pero sabía que era inútil. . . Se acostó y se cubrió hasta la cabeza, para llorar y dejar de oírla, pero sus gritos seguían oyéndose: “viste que venían. . . bien segura. . . otro más hombre. . . rajón. . . voy a largar. . . de la

tiznada. . . volver a verte nunca. . .” Al fin se quedó dormido.

Hoy al amanecer, quiso ir a buscarlos. En su sangre bullía el odio más salvaje, pero también el miedo más espantoso. Su mujer se había ido. Bocarriba, sobre el petate tirado en el suelo, extendió la mano y abrió la puerta de su jacal. Un rayo de sol le pegó en los ojos y lo medio cegó. Con los ojos cerrados se quedó pensando, pensando. . . y no quería pensar; no debía pensar. . . Volvió a mirar por la puerta, y un objeto impreciso le llamó la atención. Se sentó y vio: una cola de gato, colgando del alero de su jacal. Reflexionó: un gato, negro, muerto. . . Es de Domitilo. Se le murió, y lo tiró sobre mi casa el desgraciado. . . Al fin que todos me burlan. Al fin que soy un rajón, como dice mi vieja. . . No me atreveré a reclamarle; soy casi una mujer. . . ¡Eso es lo que cree! . . . ¡Eso creen todos! . . . pero ni a él ni a ningún jijo de la tiznada le tengo miedo. . . ¡Orita vamos a ver de a cómo nos toca! . . .

Salió al corral con la escopeta y le gritó. Domitilo, saliendo de su jacal, le contestó franca y cariñosamente: “¿Qué pasa, manito?” (No olvidaría nunca esa voz: “¿Qué pasa, manito?”). . . No discutieron. Nomás le dijo: “Te voy a matar”. . . y le soltó un balazón en el pecho. . .

Qué bien lo recuerda todo. . . Y cómo no: todo fue apenas hace unas horas. Ni a su padre sepultó. Viene corriendo por la sierra y mientras huye lo recuerda todo, todo. Cada salto, cada giro, cada carrera se lo recuerda: “¿Qué pasa, manito? . . . ¿Qué pasa, manito?” . . . ¡Pobre Domitilo —se dice. Después de matarlo, fue por sus cosas, para huir lejos, donde nunca lo encontrarán. . . Al entrar en su jacal tropezó en la puerta con un gato negro que salía. Pensó: un gato negro. . . ¡El gato de Domitilo! . . . Y del techo de su casa ya no pendía ninguna cola de gato. . .

